

Ni ¿cómo esa serpiente astuta se gozará tan á su placer con el infame triunfo? ¿Cómo se gloriará en ofuscar, en destruir para siempre la obra primorosa de un Dios, sin recibir allí mismo junto con Adán el castigo? Saldrá él, no hay duda, avergonzado, confundido de su deliciosa morada, para regar con su sudor y lágrimas el suelo; mas también ella tendrá que doblar la cerviz bajo la planta vencedora del que viene dando saltos como gigante para abreviar el camino.

¿Por eso no canta esta piadosa Madre aun entre el sollozo, y portando las vestiduras tristes del dolor? ¿Por eso no hace resonar su voz en medio de los mas dulces trasportes, celebrando su gloria y su ventura? ¡Feliz culpa (la oiremos exclamar mañana por el órgano de sus ministros), feliz culpa que mereció tener tal y tan digno Redentor! ¡Culpa mil veces afortunada que nos trajo al mundo ese medianero en quien se ocultan los rayos de la Divinidad, pues que es el Verbo que era en el principio, que estaba en Dios, y él mismo era Dios: luz de luz: Dios verdadero de Dios verdadero, en quien el Padre tiene sus delicias, la espectacion y consuelo del mundo todo.

En efecto, señores, siendo la deuda infinita, por terminar asimismo en un Dios eterno, justo, santo por esencia, ¿quién sin ser igualmente infinito, y sin tener el propio carácter podría satisfacerla? ¿quién podría blasonar de ser la única y pura víctima expiatoria? ¿quién sino el mismo Hijo de Dios? El, pues, se la echa á costas sobre sus hombros, la reconoce por suya; y sea ya que fijemos la vista en las primeras naciones del universo, ya sea que descendamos á tiempos ménos remotos, y hasta dar en la raya de

su advenimiento sobre la tierra, no veremos sino á este Mesías ir por delante á manera de gran capitán, señalando con el dedo sus importantes ministerios, el tenor de su vida, de su pasión y de su cruz. Ni es otro el blanco adonde terminan las esperanzas de los antiguos padres; de modo que alimentados los hombres con tan lisonjera promesa, y trasmitiendo su creencia de padres á hijos, de generacion en generacion, y de un siglo á otro que viene atrás, en vano las sombras de la idolatría que llegan casi á cubrir la tierra, intentan groseramente extraviarla.

Una entre todas es la privilegiada. ¡Nacion Hebrea! tú depositas en tu seno los divinos oráculos: tú eres el pueblo escogido que te cubres con el manto de las eternas misericordias; pero tú también eres el mas duro, el mas rebelde, el mas ingrato. Esas gentes, señores, la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob, es quien se merece la preferencia: de ella nace la tribu de Judá, y de esta la gloriosa estirpe de David, tronco fecundo de donde brota el fruto bendito.

¡Ah! ¡cuántos geroglíficos, cuántas sombras y profecías! Aquí un Abel sacrificado y hecho víctima de la voraz envidia de su hermano: allí un Isaac bajo el brazo armado de su propio padre, esperando el golpe duro que consume el sacrificio: acullá aquel cordero que mañana y tarde se ofrece por los pecados de todo el pueblo: ora es un Moises, que escapando la vida al tiempo de nacer, se constituye despues en libertador y caudillo de su pueblo: tal vez es un Jonas que sumergido y salvo á un mismo tiempo de la profundidad de las aguas, se ocupa en predicar á una

nacion que no era herencia de Jacob, David, Salomon, Josías....

Mas ya oigo razonar los divinos oráculos: veo venir aglomeradas las señas de sus mas importantes ministerios. David nos señala su gran pontificado, diciendo, que *él es el sacerdote por todas las eternidades segun el orden de Melquisedech, ungido con oleo de alegría sobre sus compañeros.* Moises, y despues Isaías nos demuestran que él será el profeta por excelencia, á quien Dios suscitó en medio de sus hermanos, poniendo en su boca sus palabras: *que su espíritu estará en él, porque lo ungió y envió á anunciar á los mansos.* El mismo David en otra parte nos declara, que *él será establecido Rey sobre Sion, su monte santo, para intimar su precepto.*

¡O justos! ¡O patriarcas! ¡Cómo no cesais de importunar al cielo con vuestro clamor! ¡Cómo no cesais de repetir vuestros votos porque os acabe de enviar al que, como fuente de sabiduría, dé avisos y conocimientos á los que ignoran: como verdad y camino, muestre segura senda á los extraviados: como Redentor fuerte, libre á los cautivos: como sol de justicia alumbre con sus rayos á los que viven sentados en las sombras de la muerte! ¡O sabiduría! ¡O Adonay! ¡O raiz de Jessé! ¡O llave de David! ¡O oriente! ¡O Rey de las gentes! ¡O Emmanuel!

Pero ¿adónde voy? Bástenos saber, señores, que andando el divino Redentor en los ojos de los profetas, en los deseos de los patriarcas, en las esperanzas de todos los justos, nada leemos en el evangelio que no esté anticipado en los salmos y profecías; y cuanto se anunció en el Antiguo Testamento, tanto se

verificó en el Nuevo, cuyo es el desenlace que vamos á ver.

Contaba el mundo cinco mil ciento noventa y nueve años de su admirable creacion: desde el diluvio universal dos mil novecientos cincuenta y siete: del nacimiento del patriarca Abraham dos mil y quince: de Moises y su salida de Egipto con su pueblo, mil quinientos y diez: desde la inauguracion de David, mil y treinta y dos, en que llegaron á su colmo las sesenta y cinco semanas, segun la profecía de Daniel. En esta época feliz, cuando todo el orbe en el imperio de Octaviano Augusto, cerradó el templo de Jano, disfrutaba perfecta paz para que se verificase el otro vaticinio de que habria justicia y abundancia de paz en los dias de su venida, entónces, señores, aparece el Hijo de Dios sobre la tierra, naciendo de una Madre Virgen, como tiempo atras lo habia anunciado Jeremías por estas palabras: *„Obrará el Señor un prodigio nuevo sobre la tierra, una vírgen rodeará al varon.*

Y qué, ¿nacerá de ella sin detrimento alguno de su integridad virginal, por un camino desconocido á la frágil razon, interviniendo solo el divino Espíritu? Sí señores; y esto simbolizaba la puerta del santuario que Ezequiel vió cerrada: la piedra cortada del monte sin mano alguna, que se lee en Daniel: la vara de Aaron que floreció sola entre la de los otros príncipes de Israel: la zarza que vió Moises en el monte Oreb. Y tú, Belen de Juda, á quien con razon Miqueas celebraba grande, dándote los mas tiernos parabienes: tú en efecto serás la ciudad gloriosa, la de mas fama y nombradía, pues que recibes en tu se-

no al potente rey, al dominador de las gentes, á Jesucristo.

Pero ¿qué extraño es que nazca en tanta penuria sin encontrar abrigo ni posada, el que tiene á los cielos por peana de sus piés? ¿Qué tenemos que admirar que el mundo, que los judíos, que la Sinagoga, duerman en un sueño profundo, apareciendo cuando no era de esperar, en un humilde establo, pobre y sin mas compañía que la de los brutos? ¿Qué, pregunto, si ya estaba anunciado por Isaías y Abacuc que tal acontecería en los tiempos venideros? Sí, el infante Jesus nace en el mas triste abandono, en la obscuridad, en el silencio; pero los ángeles dan voces de regocijo á unos rústicos pastores; pero una estrella es la anunciadora de tan raro portentoso, y los reyes de Társis y las Islas, los de Arabia y de Sabá, como predijo David, vienen á adorarle, á rendirle respetos, á tributarle presentes.

El Redentor del mundo ha nacido, gritan los cielos, y su eco es tan poderoso que al punto callan los oráculos: Heródes tiembla en su trono; Jerusalem entra en confusion. ¿Mas podránle valer á este intruso monarca sus infanticidas asaltos, á fin de estorbar y hacer que no prospere la obra de todos los siglos? ¿Podrá herir con su espada al que aun no gusta de morir, ni es llegada la hora de entregarse espontáneamente á sus verdugos? ¡Ah! El hará segar las gargantas de mil y mil inocentes, pero no la del ungido; pues tiempo ha estaba escrito: que aunque muchos niños perecieran á la cruel saña de Heródes, el divino Jesus salvaria por entónces, para rescatar á los pueblos que dóciles creyesen en su divinidad.

Justamente así estaba escrito; y si bien ya comienza á derramar su sangre en la circuncision, sujetándose á una ley que no le comprendia; esto lo que manifiesta es su ansia de bañarse en aquel bautismo que habia de ser la consumacion del gran sacrificio, debiendo aparecer siempre como leproso, herido de la mano de Dios, y humillado.

Crece desde luego los años, y entra el adorable Jesus en los empeños costosísimos de su mision. ¡Ah! ¿qué campo tan dilatado, tan cubierto de abrojos se le presenta! Un mundo atado fuertemente al carro del infame príncipe: un pueblo carnal imbuido en las ideas mas groseras: la Sinagoga empeñada en contrariar todos sus pasos, so pretexto de religion, y movida por los resortes de la mas detestable política; esto sin embargo el Salvador del mundo se presenta, trayendo en sus manos las credenciales del que lo envia, con lo que unos lo reconocen, otros lo escuchan admirados: estos lo tienen por Elías, aquellos por el mas insigne profeta; y no obstante que los fariseos y aquellos falsos doctores se apartan escandalizados, atribuyéndole planes atentatorios contra el César; la curacion repentina de un paralítico que ya contaba treinta y ocho años de enfermedad: la ruidosa conversion de aquella pecadora, que entregada torpemente á las ilusiones del sentido, le son patentizados sus mas íntimos secretos: finalmente, la asombrosa resurreccion de aquel su amigo, á quien tiernamente amaba, y cuyo fétido cadáver tenia ya cuatro dias de sepultado, pone en alarma á los observadores, y extiende su fama por todos los ángulos de la Judea.

¡O gente depravada, gente ciega! ¿y aun no bas-

ta esto para convencerte, para deponer tus dudas, y dejar de repetir esa necia y capciosa pregunta: Tú ¿quién eres? *Tu ¿quis es?* ¿No basta que Isaías te haya dejado la mas clara pintura de sus brillantes caracteres, de la blandura y amabilidad de su trato, de su modestia y compostura, de su rectitud é igualdad diciendo: *Que no voceará, que no tendrá acepcion de personas, ni será oido de fuera el sonido de su voz?* ¿No basta el retrato de su paciencia y mansedumbre, pues que no aparta la vista del pueblo judío y del gentil, contenido en aquellas palabras: „*Y la caña cascada no lo quebrará, y la torcida que humea no la apagará haciendo justicia segun verdad?*” ¿No basta en fin, que delineara su serenidad y presencia de ánimo, recibiendo agradablemente á todos, sin manifestar alteracion ni ligereza en sus juicios en aquellas notables expresiones: „*No será triste ni turbulento miéntras que establezca la justicia en la tierra, y las islas esperen su ley?*” ¡Ah! Nada, nada de esto te persuade; ya se ve, que tambien estaba escrito en vista de tu pertinacia, tu rebeldía, tu necedad: „*Anda y ciega á este pueblo, agrava sus oidos, y cierra su corazon para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oidos, ni entienda con su corazon.*”

Pero ¿qué veo? ¿qué objeto tan interesante arrebatada toda mi atencion? ¿El Salvador reunido con sus apóstoles en el cenáculo? ¿el divino Jesus respirando incendios, prepara una gran cena en que les da su cuerpo por manjar, su sangre por bebida, instituyendo de esta manera el mas augusto de los sacramentos, el sacrificio perenne, el único sacrificio agradable y de aceptacion? ¡O tú, rey de Salem, gran Mel-

quisedec que te denominas sacerdote del Dios altísimo! ven, mira si es esta la realidad de aquel sacrificio de pan y vino que en el valle de Sabé ofrecias al Señor en presencia de Abraham por la derrota de los reyes! Y tú, ¡ó Malaquías! á quien con anticipacion fué dado ver esta maravilla, repite tu vaticinio; haz aquí resonar aquella voz: „*Desde el Oriente hasta el ocaso será grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrificará y ofrecerá á mi gloria la ofrenda pura.*”

Mas esto da á entender que la hora de consumir el cáliz se acerca; aquella hora tan deseada que va á romper para siempre la pesada cadena de un linage cautivo. Sí, ya el atribulado David atraviesa el torrente Cedron, y se encamina en trage de penitente, cubierta la cabeza, y el pié descalzo á la cuesta de las Olivas: ya lo tenemos en una prolongada agonía, rogando á su Padre por los suyos, por sus encarnizados enemigos, por todos los pecadores. Las representaciones mas crueles se apoderan de su bendita alma, y ellas ejercen tal poderío, que le hacen brotar copiosa sangre por todos los poros de su cuerpo. ¡Padre mio, exclama, Padre mio! ¡Si posible fuera que pasase de mí este cáliz! Pero no, no se haga lo que yo gusto, sino lo que tú dispongas. Apróntense mis perseguidores, bajo su potestad estoy: tenga ya término tanto anunciar, y quede sellado con mi muerte el Testamento Antiguo, para que comience á regir el Nuevo.

Ven, acércate fariseo, tú á quien tantas dudas asaltan, deseando con ansia conocer á este Mesías: no te ocupes ya en preguntarle: Tú, ¿quién eres? *Tu,*

¿quién es? sino está pendiente de esta jornada dolorosa que tiene en expectativa al cielo, á la tierra, á los abismos. Está pendiente, y no se te pase ninguna señal. ¿Ves ese Jesus, á quien cobardes abandonan sus discípulos en lo mas crudo de la tormenta, vendido en treinta monedas por uno de su colegio, el mas pérfido de los hombres? Pues oye á Zacarías: „*El pastor será herido, y puestas en dispersion sus ovejas: pasaron por mi venta treinta siclos de plata.*” ¿Ves á ese manso cordero entregar sin contradicción sus brazos á las prisiones; despues que sus tiranos reunidos en concilio, lo han juzgado impotente, desvalido, y en ocasion de cebar en él toda su rabia? Pues escucha á David: „*Dios le ha desamparado, perseguidle y prendedle, porque no hay quien le libre: por tu causa he sufrido afrenta: cubrió la vergüenza mi rostro: me puse cilicio por vestido, y vine á ser fábula para ellos.*” ¿Veslo conducir con la mayor tropelía por entre una turba insolente, cercado de inmenso pueblo, de tribunal en tribunal, sin despegar sus labios á las imputaciones de sus verdugos, lastimado su rostro por un esclavo? Pues atiende á Jeremías: „*Oiste los oprobios de ellos, todos sus pensamientos contra mí: dará la mejilla al que lo hiriere; será harto de injurias...*”

¡Ah! ¡Me falta el aliento, mi corazón no resiste relato tan amargo! ¿Ves el arrepentimiento de Júdas y su desesperacion, arrojando en el templo el precio de su perfidia con el que se compra el campo de Hacedama ó de la sangre? Pues oye á Zacarías: „*Y me dijo el Señor: Echa al alfarero ese bello precio en que me apreciaron: y tomé los treinta siclos de plata, y los eché en la casa del Señor para el alfarero.*”

¿Ves ese divino prisionero atado á una columna, sufriendo la descarga mas terrible de azotes que hasta entónces vieron los cielos, coronado de espinas, y tratado como rey de burlas? Pues oye á David, oye á Isaías: *He sido azotado todo el día, y mi castigo comenzó desde la madrugada: todos los que me vieron hicieron burla de mí; hablaron con los labios, y menearon la cabeza: no tiene miembro sano; no hay en él buen parecer ni figura; le vimos, y no era de mirar.*”

¡Gran Dios, Dios de Justicia! ¿hasta cuándo ha de cesar jornada tan larga, tan sangrienta? ¿Hasta cuándo has de herir á tu Unigénito, cargado con el peso de todas nuestras iniquidades? Aguarda, aguarda fariseo, que la voz de los oráculos no calla. ¿No oyes exclamar á Isaías: „*Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro, y no habrá quien cierre: cerrará, y no habrá quien abra: serále puesto el principado, y será llamado su nombre, Admirable, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz?*” Pues míralo ya caminar para el calvario cargando sobre sus hombros el afrentoso madero en que ha de ser crucificado.

Por fin, el divino Redentor, el fatigado Jesus, puede llegar con vida hasta la cima de ese monte. ¡Ah! míralo despojar de sus vestiduras para rifarse entre sus verdugos: míralo clavar de piés y manos en la cruz: míralo ya enarbolado en ella, sufriendo las mas crueles angustias, acosado de sed, entre mortales agonías: míralo rendir el espíritu á su Eterno Padre. ¡O David! ¡O Jeremías! ¡O Isaías! Dad fin á vuestros terribles vaticinios, decidlos todos: „*Se repartieron mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suer-*

*te: horadaron mis manos y piés, contaron todos mis huesos: me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron á beber vinagre: he sido hecho el escarnio á todo mi pueblo, cancion de ellos todo el dia: me llenó de amargura, me llenó de ajenjo, y en aquel dia la raiz de Jessé que está puesta por bandera de los pueblos, le invocarán á él las naciones, y su sepulcro será glorioso."*

Sí, Jesus ha espirado; el desenlace es este de tantos siglos, y el sol que oculta sus luces, el mundo que se cubre de negras sombras, la tierra que salta de sus inmuebles ejes, las piedras que se dividen, los sepulcros que se abren, los muertos que resucitan, dan gritos de sentimiento publicando su divinidad. Jesus ha espirado; el desenlace es este; y los que vuelven arrepentidos hiriéndose los pechos de aquella espantosa catástrofe: los judíos y los gentiles que se ven unos á otros compungidos y aterrados con tan funestos presagios: las voces de lamento que por todas partes se escuchan, dan testimonio de que el que ha muerto es el verdadero Hijo de Dios. Jesus ha espirado, el desenlace es este; y el pueblo deicida que se ve sin sacrificios, sin tabernáculo, sin altar: el pueblo deicida que desde esa fecha hasta el dia de hoy, camina errante sin ley, sin guia, sin domicilio, sin poder ya formar sociedad, publica á grandes voces que ha sido hecha la redencion, y que exaltado su autor en el árbol de la cruz, como lo fué en el desierto la serpiente de metal, ha triunfado de la muerte, del infierno y del pecado.

Tal es ¡ó fieles! el misterio grande en que están vinculadas todas nuestras dichas: misterio profundo

que sorprende, que vence, que humilla á la humana razon; pero que á pesar de que fuera un escándalo para el judío, una necedad para el gentil, un entretenimiento para el incrédulo; él es por cierto el punto de contacto entre Dios y el hombre: el fundamento de nuestra Religion: la prueba óptima de nuestra fe: el gran secreto contenido en los libros santos: el baluarte adonde se estrellan las maquinaciones, todos los ataques del enemigo de Dios y de su Cristo: ejemplar augusto de las misericordias del Señor, que en vano el ingrato intentara desconocer, teniendo, como tiene motivos tan poderosos de credibilidad; pues se comenzó á vislumbrar, como habeis visto, desde el principio de los siglos, y extendió toda su luz en la plenitud de los tiempos.

¿Qué pues nos resta? Felicitar á esta nueva Sion por su prosperidad y por su rango. Sí, alégrate, Esposa Santa, y ya no diga el angustiado Profeta que tus lágrimas hilo á hilo harán surco por tus mejillas sin que haya quien te consuele: que tus caminos se cubrirán de espantoso luto, sin que haya uno que quiera transitarlos; sino antes resuenen hoy en tus oídos los dulces acentos de Isaías: „*Regocíjate, estéril que no pares, ensancha el sitio de tu tienda, y extiende las pieles de tus pabellones: no seas escasa, haz largas tus cuerdas, porque te extenderás á derecha y á izquierda, y tu prole heredará las gentes, poblará las ciudades desiertas: no temas ser avergonzada, porque reinará en tí el que te crió: el Señor de los Ejércitos es su nombre, y tu Redentor el Santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra.*

¡Oh! ¡Cuán admirable, cuán digno de alabanza es

nuestro Dios. Entonémosle, fieles, un cantar nuevo: vosotras ¡ó vírgenes que me escuchais rociadas con la sangre de ese Cordero! vosotras que tomáis empeño en solemnizar anualmente su esclarecido funeral: vosotras, sí, templad vuestras cítaras, herid sus cuerdas, avivad vuestros coros. Mas ¿qué lengua ¡buen Jesús! será bastante á engrandecer tu nombre santo? Un partido nos queda, y es convidar á las demas criaturas que unan con la nuestra su alabanza: al cielo y á la tierra: á los ángeles y sus poderíos: al fuego y á la agua: la escarcha y el granizo: los montes y collados: las aves y los reptiles: la naturaleza; el mundo todo; y juntos ¡ó Dios! te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos humildes gracias; y mil veces repetimos que tú solo eres Santo, tú solo Señor, tú solo Altísimo por los siglos de los siglos.

